

LA ECONOMIA Y LOS ECONOMISTAS

EL ESTADO PRESENTE DE LA ECONOMIA(*)

Warren J. SAMUELS

EN este breve artículo deseo presentar algunas ideas acerca del estado presente de la ciencia económica y de la profesión de los economistas. Deseo recalcar la *combinación* de puntos fuertes y de problemas, pero me concentraré especialmente en los últimos. Al hacerlo espero evitar cantar las alabanzas del campo al que me dedico y señalar, en cambio, aquellos problemas que ofrecen oportunidades para el crecimiento y desarrollo y no para la auto-incriminación. Señalaré así, pues, algunos problemas graves y profundamente arraigados, pero no deseo hacer demasiado énfasis en su señalamiento como crítica, debido en parte a que la realidad es mucho más compleja y la evaluación más difícil de lo que aquí puede indicarse. Después de todo hay una multiplicidad de puntos de vista bastante distintos entre sí respecto del estado actual de la ciencia económica, sustentados tanto por los economistas como por personas bien informadas que no son economistas, y lo que para unos representa algo positivo es para otros negativo, dependiendo de sus criterios respectivos. Discernir cuál es el estado de la ciencia económica no es más fácil que interpretar el estado de la realidad económica.

Uno de los puntos fuertes de la ciencia económica actual es la gran diversidad existente en los tipos de trabajos profesionales ejecutados por los economistas. Estos trabajos cubren una amplia gama, que va desde la teoría económica y sus fundamentos conceptuales hasta la economía aplicada, pasando por el análisis institucional, y muestra combinaciones distintas de inducción y deducción, así como de especulación. Por otra parte, existe un grado considerable de heterogeneidad, tanto dentro de la propia corriente principal, representada por la economía neoclásica, como entre ésta y las diferentes escuelas heterodoxas, al igual que en cada una de las últimas.

Otro punto fuerte es la tolerancia relativamente grande que se observa entre los economistas respecto de los métodos de trabajo empleados por los distintos investigadores. La preocupación de que los economistas concentrasen su atención en problemas abstractos o muy estilizados, que utilizasen instrumentos de análisis uniformes, y que emitiesen un mensaje único parece haberse de-

bidado. Si la diversidad no se ha aceptado como principio, al menos se ha reconocido como hecho. Existen todavía conflictos entre los economistas que hacen trabajo teórico o empírico, teórico o aplicado, teórico o institucional, pero esos conflictos son menos penosos e importantes de lo que eran hace simplemente una década. Y aunque el trabajo matemático y econométrico aplicado ha alcanzado una posición preeminente, la controversia acerca de la importancia relativa de los distintos modos de trabajar en el campo de la economía ha desaparecido prácticamente.

No sólo existe gran diversidad en los trabajos realizados, sino que también se hacen muchos estudios serios e innovadores en todas las ramas de la economía, ya sean de tipo empírico, institucional o teórico. Algunas de las nuevas tendencias, aunque no todas, se reflejan en los artículos sinópticos o panorámicos (*survey articles*) recogidos en el *Journal of Economic Literature*. Una gran parte de estos trabajos resulta de interés para una gama amplia de economistas, independientemente de sus áreas de especialización y del grado de ésta.

La preponderancia de la escuela neoclásica es indiscutible. Hasta tal punto esto es así que las otras escuelas tienden a definir sus posiciones comparándose con el neoclasicismo. La altivez ocasional [de algunos neoclasicistas] no se ha convertido, sin embargo, en un exclusivismo arraigado. Existe una viva tensión entre la realidad del predominio neoclásico y el hecho de que (para muchos neoclásicos y para todos los que no lo son) la ciencia económica abarca más que el neoclasicismo. Existe también una tensión relacionada con la anterior acerca de la opinión, mantenida por algunos economistas, de que el análisis de los mecanismos del mercado (y tal vez también de otros fenómenos distintos del mercado) con el paradigma neoclásico y con otras técnicas analíticas relacionadas con él es economía, mientras que el estudio de las instituciones y del fenómeno del poder con métodos no neoclásicos *no es* economía.

Si la efervescencia intelectual es una manifestación de vigor, entonces hay muchas pruebas de vigor. Existe una contrarrevolución de largo alcance frente a la economía

keynesiana y «liberal». Existen también las contrarrevoluciones neo-ricardiana (de Cambridge, Inglaterra) y poskeynesiana, relacionadas entre sí y dirigidas contra el neoclasicismo.

Se ha producido un renacimiento de las economías austriaca, institucional y social. Los economistas radicales, marxistas y no marxistas, siguen activos. Aparte de esto cada uno de estos grupos es muy heterogéneo, tanto desde el punto de vista de las direcciones seguidas por sus partidarios como del trabajo metodológico o sustantivo de ellos. Existe también, por último, el fenómeno del «imperialismo económico», que por lo general consiste en la aplicación del análisis neoclásico de la maximización restringida o condicionada a áreas de investigación de las que se habían encargado hasta ahora y con métodos distintos, entre otros, los estudiosos de la ciencia política y los sociólogos. Está por verse todavía si este último desarrollo es señal de vigor, de debilidad o de ansiedad.

Se han manifestado varios problemas serios en la ciencia económica. Algunos se derivan de consideraciones relacionadas con las funciones sociales de esta ciencia. Otros se refieren al énfasis predominante que se da a las cuestiones de técnica y formalismo y tienen que ver, entre otras cosas, con los límites del análisis económico al tratar de sondear o calar en los fenómenos que estudia [su capacidad explicativa]. Otros tienen que ver con el entrenamiento de los economistas contemporáneos y con los distintos derroteros o trayectorias profesionales seguidos por ellos. Finalmente, tenemos la realidad del fenómeno del inflaparo (*stagflation*), que ha sido motivo de incomodidad y desconcierto para una disciplina científica que hasta hace poco creía confiadamente que entendía los procesos macroeconómicos.

La ciencia económica tiene sentido desde el punto de vista de sus tres funciones sociales: la provisión de conocimiento acerca de la economía, el control social y la confortación, consolación o alivio psicológicos. El éxito histórico y la categoría de la ciencia económica en cuanto disciplina profesional se han debido en gran medida a la manera en que ha desempeñado estas tres funciones, distintas aunque mutuamente relacionadas entre sí. Pero existen tensiones obvias entre dichas tres funciones, como, por ejemplo, los conflictos existentes entre explicación y legitimación o justificación, por una parte, y entre ciencia y activismo político, por la otra. La ciencia económica ha sido claramente parte en la lucha por el poder dentro de la sociedad. Los economistas han sido protagonistas, no sólo estudiosos u observadores, de los procesos que conducen a los resultados económicos. La ciencia económica cumple su función de control social mediante su absorción y reforzamiento de los valores y también mediante la participación de los economistas en las instituciones de control social. Los economistas actúan como control social en parte cuando, mediante la percepción selectiva, dan vigencia a sus imágenes de lo que es la organización, el funcionamiento y el desarrollo económico correctos. Aunque hay economistas de calidad y

prestigio que son miembros de escuelas heterodoxas e incluso radicales, la profesión como conjunto ha sido durante mucho tiempo relativamente conservadora. Los economistas tienden a identificarse con las instituciones del «establecimiento» y con la concepción ortodoxa convencional del mundo y, como consecuencia, sus análisis de política están frecuentemente vinculados, tanto en sus premisas como en su orientación, a un sistema o interés específico. Los economistas han intentado canalizar su utilización mediante la adopción de líneas de razonamiento que inhiben ciertos usos y promueven otros. No es de sorprender que haya habido una tendencia en pro de la politización manifiesta de la economía, debido a que algunos economistas concretos, especialmente aquellos que están asociados con partidos especiales o que ocupan cargos públicos, han tendido a equiparar la economía «correcta» con programas políticos específicos.

La economía ha cumplido también una función de bálsamo o consolación psicológicos. Para su ecuanimidad emocional los seres humanos parecen requerir una explicación o descripción de su situación que sea agradable y sedante. La vida económica es particularmente importante para los individuos y éstos necesitan, por lo visto, un credo o sistema de ideas que la pongan en perspectiva. Como lo ha expresado G. L. S. Shackle, los seres humanos buscamos un sentido de «consistencia, coherencia, orden. La pregunta ante el científico consiste en averiguar cuál es el esquema de pensamiento que mejor lo proveerá a él con un sentido de ese orden y coherencia, un sentido de cierta permanencia, reiteratividad y universalidad en la ordenación o estructura del esquema de las cosas, incluso un sentido de esa unidad y simplicidad que, si él puede convencerse que están presentes, llevarán la consistencia y el orden a su más alta expresión. La religión, la ciencia y el arte tienen todos ellos esta meta en común» (1). Shackle continúa diciendo: «El servicio principal que puede prestar una teoría es dar paz a la mente... La teoría sirve necesidades profundas del espíritu humano: subordina la naturaleza al hombre, impone una simplicidad bella sobre la multiplicidad insoportable de los hechos, da consuelo frente a lo desconocido y no experimentado, ataja la importancia del misterio y la duda que, aunque son saludables y útiles para la preservación de la vida, resultan molestos, de manera que por medio de la teoría tratamos de separar el temor o miedo justificado del injustificado» (2).

La economía ha tendido a suplementar y casi a sustituir a la religión mediante la provisión de definiciones de la realidad y de los valores, es decir, en cuanto conocimiento, control social y confortación psicológica. Las ideologías modernas tienden a reemplazar la teología legitimando un estado de cosas socioeconómico u otro, instigando a hacer elecciones de valor (*normative*) entre alternativas por lo demás equivalentes analíticamente, sustituyendo una serie de mitos y de ficciones por otra, y en general proveyendo un sentido de coherencia, orden y permanencia en un mundo de complejidad calidoscópica, de inseguridad y de conflicto.

Durante las últimas tres décadas la economía se ha orientado fuertemente hacia técnicas de análisis de carácter formalista. Esta evolución ha producido una fuerza considerable en lo que a rigor y precisión se refiere y, entre aquellos que han llegado a dominar las técnicas, facilidad de comunicación. Pero la precisión de la especificación y el razonamiento no son la misma cosa que una comprensión exacta. En consecuencia, han surgido varias dificultades serias, entre ellas las nueve siguientes:

1.^a Existe un dilema derivado del hecho de que el análisis formal tiende a carecer de sustancia, mientras que el análisis sustantivo es normalmente conjetural o presuntivo en estos dos aspectos por lo menos: a) establece supuestos que encauzan las conclusiones «derivadas» de ellos, de modo que existe una relación tautológica entre los supuestos y las conclusiones, y b) da lugar a la introducción de premisas valorativas acerca del funcionamiento mismo de la economía.

2.^a Se pone un énfasis excesivo en el establecimiento de condiciones de equilibrio estático con el fin de identificar y explicar el funcionamiento de los factores y fuerzas específicas que determinan la ubicación o asignación de los recursos, la distribución de las rentas o ingresos, el nivel de la renta o ingreso agregados, y el control y organización de la economía.

3.^a El formalismo y el análisis de equilibrio en cuanto tales pueden llevar consigo un hábil evadimiento o escazamiento de los problemas del mundo real, tales como las distribuciones de la renta, la riqueza y el poder, y los problemas de la inestabilidad económica.

4.^a Es posible que se haya hecho una asignación excesiva de recursos dentro de nuestra disciplina para la solución de juegos y enigmas que se hacen pasar por investigación pura y que se justifican como tal.

5.^a Más grave todavía ha sido el énfasis en la técnica sin una apreciación concomitante y significativa de sus fundamentos epistemológicos y, en particular, de los límites de las técnicas específicas de que se trate. Estos límites incluyen el alcance o capacidad de cala y profundización (en cuestiones de política micro y macroeconómica, por ejemplo) de ciertas manipulaciones técnicas y líneas de razonamiento y el papel (relacionado con lo anterior) de las premisas valorativas implícitas.

6.^a La búsqueda casi universal de soluciones y respuestas únicas y determinadas a las cuestiones de teoría y política puede haber estado descaminada y resultado engañosa e incompleta, por ejemplo, respecto del carácter proteico de la realidad económica, la indeterminación radical, el papel de la elección humana y el lugar que las consideraciones del poder ocupan en los asuntos económicos. Se buscan soluciones técnicas para cuestiones de carácter esencialmente subjetivo y valorativo. Se permite con frecuencia que soluciones de equilibrio parcial sustituyan a las soluciones de equilibrio general más complejas e intratables y menos determinadas. Co-

mo consecuencia de esto, se ha instigado un utilitarismo vulgar que pretende dar respuestas apodícticas a las cuestiones debatidas en la política práctica, para mostrar con el barniz de la ciencia las decisiones valorativas encauzadas necesaria e inevitablemente por las premisas valorativas implícitas. Un análisis ostensiblemente racional enmascara de esta forma el ejercicio subjetivo del poder, cuyo funcionamiento u operación se queda sin explorar.

7.^a Como consecuencia de muchas de las cosas señaladas más arriba, se ha perpetuado el llamado vicio ricardiano (1*) o histórico, debido a la aplicación prematura a las cuestiones de política micro y macroeconómica de una forma de teorizar poco amplia y a veces también conjetural o presuntiva.

8.^a Lo hasta aquí señalado se hace peor por el deseo de llegar a conclusiones sustantivas basándose en una investigación y verificación (incluyendo el análisis comparativo) empíricas casi despreciables y a veces inexistentes.

9.^a La adopción, vacilante y tortuosa, de las técnicas neoclásicas (tales como la programación lineal y la teoría del control óptimo) por las economías planificadas se interpreta por algunos como una prueba o manifestación de la universalidad del paradigma neoclásico. Otros la consideran como una prueba de que el neoclasicismo tiene, de forma inevitable y fundamental, carácter de protector de las clases o círculos dominantes (el llamado «establecimiento»), de que es la economía de los que mandan y de los detentadores del poder establecido, a quienes les proporciona el disfraz de la ciencia y la racionalidad en el ejercicio de sus elecciones (es decir, en la imposición de sus preferencias).

La falta de atención a los límites epistemológicos de las técnicas analíticas, esto es, a los fundamentos en que se apoya el conocimiento expresado por ellas, es verdaderamente muy grave. Unida a ella está el descuido de otras consideraciones importantes, tales como 1) los límites del paradigma neoclásico, comparado con el interés complementario que presentan otros paradigmas y enfoques; 2) los fundamentos orgánicos de la economía y en especial, tal vez, de la función económica del gobierno; 3) los procesos de elección que están detrás de las especificaciones técnicas, y 4) la perspectiva histórica, así como los elementos sustantivos de la evolución sistémica e institucional. La apariencia engañosa de epistemología que a veces se da al análisis no debería ocultar el papel desempeñado de la persuasión en vez de la verificación: la aceptación o el rechazo dependen más de la conformidad con un paradigma particular y con sus concepciones previas que de la metodología positivista técnica. Sin embargo, tanto la teoría como la técnica se aplican frecuentemente más allá de su capacidad o alcance propios a cuestiones de explicación (la definición de la realidad económica) y de política que rebasan en mucho su capacidad estricta de dar respuestas a dichas preguntas. Como dijo Frank W. Fetter en una conferencia ante la «History of Economics Society» el 2 de junio de 1981, los econo-

mistas se han mostrado demasiado dispuestos a hacer predicciones que van más allá de lo que permite su competencia particular: «Hay una diferencia muy grande entre el economista que predice que si una determinada variable económica cambia, es probable que de esto se sigan ciertas consecuencias económicas, y el economista que profetiza lo que serán los niveles del desempleo, de los precios o de los tipos de interés dentro de tres meses, de un año, o incluso de cinco años, cuando los influjos principales causantes de esos niveles son incógnitas que caen fuera de la pericia profesional de dicho economista» (3). Aunque con palabras distintas, Mark Blaug ha expresado prácticamente la misma idea, al recalcar que aunque «los economistas participan abundantemente en la investigación empírica... mucho de esto desafortunadamente equivale a jugar al tenis sin usar la red: en vez de intentar refutar las predicciones verificables, los economistas modernos se dan por satisfechos con demasiada frecuencia con demostrar que el mundo real se ajusta a sus predicciones, con lo cual sustituyen la falsificación, que es difícil, por la verificación, que es fácil» (4).

Algunos de estos problemas se deben al entrenamiento de los economistas jóvenes y a las presiones que sienten en el ejercicio de sus carreras profesionales (debidas al sistema de recompensas e incentivos prevaleciente). En algunos campos, tales como la hacienda pública y la economía laboral, el entrenamiento tiende a enfocarse frecuentemente de acuerdo con los intereses especiales de los profesores más importantes, con el grave resultado de que el contenido de ese campo como un todo y de sus dimensiones más amplias se excluyen del estudio o se descuidan. Los nuevos economistas tienen a menudo un entrenamiento angosto, poco amplio. Dominan explícitamente las técnicas e implícitamente el paradigma, pero son ingenuos en lo que se refiere a la amplitud y profundidad del conocimiento y del intelecto. Una vez se convierten en catedráticos auxiliares (*assistant professors*) los economistas jóvenes se encuentran con un sistema de incentivos en sus carreras profesionales que da mucho valor a criterios angostos y «corto-placistas», lo cual puede afectar adversamente sus metas de investigación y su trabajo. La investigación que se puede adaptar a lo que es de interés actual despertará la atención de los líderes del momento en ese campo de investigación y servirá para ascender profesionalmente, pero la concentración en los temas de moda «corto-placistas» puede que no conduzca a la formación de economistas de gran calibre, que dominan su campo, las técnicas analíticas usadas en él y sus límites, y el material institucional que constituye el verdadero objeto de estudio de dicho campo.

El fenómeno complejo e intratable del inflaparo ha constituido la mayor fuente de malestar o desazón en nuestra disciplina. El inflaparo ha rebasado claramente la capacidad explicativa de la teoría actual o, al menos, de la teoría aceptada ampliamente. Se le ha estudiado de muchas maneras distintas, pero todavía persiste una incapacidad fundamental de entenderlo y todavía más de señalar remedios para su cura.

La verdad sin tapujos, admitida por muchos economistas en privado, pero, por supuesto, no en público, es que conocemos muy poco acerca de los procesos macroeconómicos. Avances analíticos considerados importantes han contribuido poco a nuestra comprensión o capacidad de controlar deliberadamente el funcionamiento macroeconómico. Los mismos instrumentos analíticos, tales como el análisis IS-LM, producen resultados marcadamente distintos y conducen a recomendaciones de política práctica también diferentes, dependiendo de quién sea el que utiliza dichos instrumentos.

No es sorprendente por ello que una gran parte del análisis macroeconómico se proclame apoyándose en predisposiciones o concepciones previas, de carácter político, ideológico o paradigmático.

El descrédito actual de la economía (una condición que no es nueva en la historia de nuestra disciplina) se debe en parte a que hemos ofrecido más de lo que podemos dar y a que tanto el público en general como las autoridades políticas han esperado que suministrásemos lo ofrecido.

El surgimiento del análisis de las expectativas racionales, *a priori* extremas, sugiere en parte el trance en que estamos: el resultado de un sentido de ansiedad y fracaso agudos con respecto a poder entender el inflaparo y acerca de la contrarrevolución continuada frente a la teoría keynesiana, con sus «peligrosas» deducciones relativas a la política gubernamental. La aparición del análisis de las expectativas racionales resulta especialmente irónico cuando se ve a la luz del énfasis que otros economistas (con frecuencia igualmente conservadores) han puesto en el principio de las consecuencias no esperadas y de la incertidumbre. La penetrante idea, bien razonable por supuesto, de que los agentes económicos son muy capaces de ajustarse (aunque de forma variable) a los actos y decisiones de los otros agentes y del gobierno, se eleva de manera casuística — igual que ocurrió mucho antes con la ley de Say y más recientemente con el teorema de Coase (2*) — a la estrategia de una doctrina exagerada y que lo abarca todo, para «demostrar» la improcedencia e ineptitud de la intervención del gobierno.

Para concluir esta discusión, deseo señalar las tres ideas siguientes:

1.^a Al igual que en muchos períodos del pasado, el estado actual de la ciencia económica es a la vez bueno y malo. La mayor parte de los economistas lo consideran generalmente saludable, pero esta creencia va acompañada de mucho malestar callado respecto del conocimiento y las políticas macroeconómicas, entre otras cosas. No es difícil diagnosticar un hábito de no querer ver la dura realidad y de utilizar como válvula de escape un trabajo teórico (e incluso empírico) cada vez más refinado para reavivar y perfeccionar los formalismos heredados.

2.^a John Maynard Keynes abrigó la esperanza de que llegaría un día en que los economistas se aviniesen a ser

considerados gente capaz y sencilla simplemente, igual que los dentistas (5). Pero hay por lo menos dos problemas relacionados con ello y son: a) el hecho de que la economía no es sólo una técnica, es más que eso, y b) que la economía cumple también la función de ser religión secular (al desempeñar los papeles de control social y de confortación o alivio psicológicos). Debe esperarse por ello la existencia de heterogeneidad y conflicto permanentes dentro de nuestra ciencia, que el lugar que los economistas ocupen en el mundo de la práctica sea muy sensible y delicado y que a menudo los economistas se conviertan en políticos de hecho, si es que no de nombre también.

3.ª Como ha observado Joseph Spengler (6), los economistas han sido culpables de arrogancia y han dado expresión a pretensiones realmente extravagantes y que se han revelado como tales. La arrogancia persiste, pero ahora va acompañada de malestar, del ejercicio continuado de la economía convencional como si no hubiera pasado nada, y del deseo, a veces sublimado, de un nuevo sentido de identidad, coherencia y utilidad práctica (7).

Nuestros antepasados economistas atravesaron por una situación como ésta al menos en una ocasión, hace un siglo. Arthur Balfour, que creía que la ciencia económica engendraba un escepticismo «sabio pero helador» (8), que se podía aplicar más fácilmente a los filántropos impacientes y a los propulsores de reformas que a los economistas y a las obras de éstos, escribió: «El economista político declarado, que tenía una fórmula lista para cada ocasión, que resolvía todas las cuestiones sociales con un cálculo frío, que hablaba habitualmente como si todas las cosas buenas del mundo se produjeran por la acumulación de la riqueza y todas las malas por la multiplicación del número de los hijos, le parecía a nuestros padres un medio pedante y un gran pelmazo. Lo mismo nos parecería a nosotros sin duda alguna si esa especie continuara floreciendo ahora en todo su prístino vigor» (9).

La situación actual es en muchas formas, aunque no en todas, bastante semejante a ésta. No deseo llegar al extremo de describir la situación presente como una crisis (10), pero tiene en común con una crisis ambos elementos de peligro y de oportunidad. En cuanto economistas tenemos ciertamente mucho de que sentirnos orgullosos, pero a la vez no podemos permitirnos el quedarnos contentos con las cosas como están ahora.

(*) Traducción del artículo «The Current State of Economic», preparado especialmente para la revista *Papeles de Economía Española*. El autor es catedrático de economía en la Universidad del Estado de Michigan, en la ciudad de East Lansing, y desea expresar su reconocimiento a varios colegas suyos con quienes ha discutido el tema desarrollado en este trabajo. Su artículo ha sido traducido y anotado por Manuel Sigüenza, catedrático de economía en la Escuela Graduada de Administración de Empresas de la Universidad de Puerto Rico (Recinto de Río Piedras).

NOTAS

Aparecen en primer lugar las notas del autor y a continuación las del traductor, señaladas con un asterisco.

(1) Shackle, G. L. S. *The Years of High Theory*, New York: Cambridge University Press, 1967, 286.

(2) *Ibid.*, 288-289.

(3) Fetter, Frank W. «Are Economists of Any Use?», *History of Economics Society Bulletin*, de próxima publicación.

(4) Blaug, Mark. *The Methodology of Economics*, New York: Cambridge University Press, 1980, 256.

(5) Keynes, John Maynard. *Essays in Persuasion*, New York: Harcourt, Brace, 1932, 373.

(6) Spengler, Joseph J. «Social Science and the Collectivization of *Hu-bris*», *Political Science Quarterly*, 87, 1, marzo de 1972, 1-21.

(7) Checklan, S. G. *The Rise of Industrial Society in England, 1815-1885*, London: Longmans, 1964, 426-430.

(8) Balfour, Arthur J. *Essays and Addresses*, Edinburgh: David Douglas, 1893, 237.

(9) *Ibid.*, 227.

(10) Roll, Eric. *A History of Economic Thought*, 4.ª edición, Homewood: Irwin, 1974, 604-610.

(1 *) Joseph Schumpeter dio el nombre de vicio ricardiano al hábito de aplicar a la solución de los problemas prácticos teorías parciales exce-

sivamente simplificadas. (Vid. su discusión de la metodología de David Ricardo en su *History of Economic Analysis*, New York: Oxford University Press, 1954, 473.) Como al hacer esto, de ordinario, no se indica expresamente cuáles son los supuestos en que se basa el razonamiento utilizado por el autor, Leontief llama teorización implícita a este mal hábito, en el que han caído hasta algunos de los más grandes economistas (vid. Wassily W. Leontief, «Implicit Theorizing: A Methodological Criticism of the Neo-Cambridge School», *Quarterly Journal of Economics*, 51, 2, febrero de 1937, 337-351.)

(2 *) El teorema de Coase, conocido también como el teorema de la «neutralidad» o indiferencia ubicativa de los derechos de propiedad (*allocative neutrality of property rights*) afirma que si los derechos de propiedad de las partes interesadas están bien definidos y no existen costes de transacción en el intercambio de dichos derechos, entonces el mercado es capaz de lograr una ubicación de los recursos productivos que es eficiente, es decir, independiente de la distribución inicial de los mencionados derechos de la propiedad. Este teorema es una versión moderna de la doctrina de la mano invisible, según la cual una política económica de *laissez faire* asegura, si se cumplen ciertas otras condiciones, la obtención de una utilización eficiente de los recursos. El teorema de Coase es uno de los resultados más conocidos de la llamada nueva microeconomía de la escuela de Chicago. Representa una manera ingeniosa de hacer frente al problema de las externalidades «internalizándolas» en las funciones de utilidad y costes individuales. Esto se consigue negociando en el mercado traspasos y concesiones satisfactorias de los derechos de la propiedad de las partes con intereses económicos encontrados. El teorema de Coase ha generado toda una literatura crítica secundaria, tanto favorable como adversa. El artículo básico es: Ronald H. Coase, «The Problem of Social Cost», *The Journal of Law and Economics*, 3, 1, octubre de 1960, 1-44. Un análisis penetrante de este teorema es el de Warren J. Samuels, «The Coase Theorem and the Study of Law and Economics», *Natural Resources Journal*, 14, 1, enero de 1974, 1-33.